

DN mi opinión hoy la A. C. pretende ser todo lo contrario: lo que inició el Papa Pío XII poniendo en primera línea de importancia la acción, responsabilidad y dignidad del seglar en la Iglesia; en una forma que, hasta entonces, no se había producido suficientemente en nuestra edad moderna y contemporánea. Pretensión de reforma y renovación que está empezando, y querriamos verla realidad en febrero, cuando nos reunamos con todos los obispos para discutirlo.

Algunos se extrañan que —en esta renovación— me refiera tanto a Pío XII, cuando la opinión hoy corriente es desfavorable a la actuación de este Pontífice. Sin embargo, quiero aclarar, de una vez para siempre, cuál es mi pensamiento.

A Pío XII se le achaca que no fue un gobernante acertado de la Iglesia: su afán centralizador repercutió negativamente en la marcha de la misma de la organización eclesial. Es bien sabido que cuando hicieron Papa a Juan XXIII muchos organismos de la Curia estaban anticuados y sin vitalidad, habiendo concentrado Pío XII en sí mismo excesivamente todos los poderes, con el consiguiente trastorno para la marcha normal y espontánea del complicado organismo eclesial.

El segundo fallo, que se le achaca a Pío XII, es la debilidad que manifestó con regímenes perjudiciales al cristianismo, como el nazi. Sin duda pensó que era mejor ceder que adoptar una postura de severo testimonio contra la estructura inaceptable del nacional-socialismo alemán. Lo mismo le pasó cuando trató el problema de los judíos, la doctrina de Pío XII estuvo clara; pero se piensa que mejor hubiese sido una actitud más pública, por parte del Papa, condenatoria de las crueldades del nacional-socialismo alemán.

El último fallo contra él es el dilettantismo científico del Papa Pacelli, mezclando en sus discursos con exceso una serie de temas puramente profanos, tratados un poco en «aficionado». Su pensamiento —lleno de vulgarizaciones— hizo gran impacto en el pueblo creyente y no-creyente; pero los círculos culturales criticaron su abuso de ciertas posturas y actitudes muy discutibles, presentadas por él con carácter científico definitivo, y que acostumbraba a utilizar con profusión aquel Papa.

Pero todo esto, pienso yo, que es lo menos importante, aunque sea grave en un dirigente de la Iglesia. Lo más decisivo —lo que es misión de la Iglesia— es ciertamente la enseñanza religiosa, evangélica; y de Pío XII se pueden extraer una serie de doctrinas religiosas, de importancia decisiva para el hombre contemporáneo. Concretamente tres: 1) la dignidad del seglar dentro de la propia Iglesia, de que ya he hablado en el artículo anterior; 2) los derechos del hombre defendidos lo mismo para cristianos que para no-cristianos; «gracias a él —dice el P. Bosc, S. J.— nadie admite hoy que se pueda hacer una distinción entre un hombre y otro, entre un comunista y un cristiano por ejemplo, cuando se trata de defender los derechos del hombre»; y 3) que, hasta este Papa, solía defender la Iglesia primero sus propios intereses, y después los derechos humanos, cosa que no chocaba a nadie en 1940; pero que hoy, gracias a Pío XII, tal discriminación produciría un escándalo ya hasta en muchos católicos conservadores.

Precisamente por estas ideas, que desarrolló este Papa, se muestra como un precursor; y se puede decir paradójicamente «que es la víctima del progreso que —en este orden de cosas— le imprimió a la Iglesia» (P. R. Bosc, S. J.). ¿Por qué? Porque ahora le criticamos por no haber sido él personalmente bastante consciente, y aplicar esas ideas con energía al gobierno de la Iglesia, y en sus intervenciones en la vida pública de los pueblos: como ocurrió en el asunto de los judíos y del nazismo; o en el de procurar un gobierno más colaborador con los diferentes estamentos de la Iglesia, desde el seglar hasta un Concilio si era preciso. También, en esto último, hoy se sabe que tuvo la idea de convocar un Concilio; pero no se atrevió a llevarla a cabo, como siempre le ocurrió. Acertado en las ideas de base cristiana; discutible en varias de sus actitudes.

Nadie se llamará a engaño, después de expresar claramente mi opinión, si me baso en algunas ideas de este Papa, independientemente de la crítica que pueda hacerse de varias de sus actitudes como dirigente de la Iglesia.

PIO XI —uno de los Papas más enérgicos e inteligentes de este siglo— se encontró en su tiempo con unas circunstancias penosas, sobre todo en Italia. El Estado fascista, de carácter totalitario, se oponía a un apostolado seglar amplio en el cual los católicos pudiesen desbaratar la estrecha y compacta estructura del fascismo. Al fin y al cabo Mussolini había acertado al pensar que la única fuerza que podía oponerse a sus propósitos, era una fuerza espiritual, independiente, como la que la Iglesia debe tener. De ahí que quisiera impedir el abierto programa que, para los seglares, había pergeñado el Papa Pío X, su antecesor.

Este Papa santo, del cual únicamente se suelen ver sus aspectos negativos —como fue la persecución del modernismo—, está ahora de suma actualidad. Su concepción de las organizaciones de apostolado seglar, se parece mucho a la que hoy tenemos los laicos en la Iglesia. No se conformaba con una Acción Católica restringida; sino que pensaba que «el campo de la A. C. es anchísimo», de tal modo que, en su actividad, no entraría sólo lo directamente religioso, sino cuanto «directa o indirectamente pertenece a la misión de la Iglesia». Por tanto no sólo le incumbía guiar las almas a Dios, sino la restauración de todas las cosas humanas, cooperando —en su estructura e ideas de base— a la realización de una civilización, que estuviera más inspirada en el sentido de amor del cristianismo.

Este segundo cometido entrañaba, según Pío X, tres cosas: 1) Preocuparse por mejorar y solucionar los problemas sociales, en particular del mundo obrero y campesino, procurando «mejorar su condición económica con medidas bien concertadas». 2) Para ello no podíamos los católicos, encuadrados en una organización de apostolado, evadirnos de las implicaciones que esta promoción social había de tener en la legislación civil, y era natural que nos esforzásemos por «conseguir que las leyes públicas se acomodan a la justicia». 3) Pensar en un régimen legal resulta difícil, y el Papa lo sabía, por eso pedía también a la A. C. que ejerciera una labor de corrección pública, mo-

LA ACCION CATOLICA, ¿UN REDUCTO CLERICAL?

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

vida por su sentido cristiano de la vida, de tal manera que, de las leyes, «se corrijan o se supriman las que son contrarias a la justicia».

¿Es esto temporalismo? ¿Es esto hacer política?

La contestación la dio en dos ocasiones Pío XII: «la Acción Católica no debe entrar en la lucha de la política de partido; pero...», tan laudable como es mantenerse por encima de las querellas contingentes, que envenenan las luchas de los partidos para dirigir los asuntos del Estado, tan reprochable sería dejar libre el campo para dirigir los asuntos del Estado a los indignos o a los incapaces» (14 octubre 1951). La Acción Católica se mantiene por encima de las batallas partidistas; pero no puede estar ausente, con su iniciativa y responsabilidad, allí donde sea necesario mejorar la estructura de la sociedad en sus elementos básicos. Eso no es política de partido; sino preocupación por la justicia básica que todo régimen económico, social o político, debe poseer.

PIO XI, en cambio, como dije, tuvo que rebajar grandemente la amplitud de este cometido social de la A. C., porque el Estado fascista pretendía controlar todas las organizaciones del país, impidiéndoles su libre desenvolvimiento. Los teólogos Hans Halmerl y Viktor Schürr son los que mejor han estudiado esta situación, y así lo afirman.

El fascismo tuvo varios incidentes con las organizaciones apostólicas que culminaron en la dura y valiente encíclica de Pío XI «Non abbiamo bisogno», el año 1931. La verdad es —sin embargo— que para salvar un mínimo de apostolado seglar y de eficacia apostólica a la A. C., no tuvo más remedio aquel Papa que «afirmar que la A. C. tenía un fin religioso, el mismo que la Iglesia; y por consiguiente el mismo de la propia Jerarquía...», y que —por eso— estaba ligada a la Jerarquía de la manera más estrecha» (teólogo H. Halmerl). Esta postura puramente circunstancial, hizo que desgraciadamente se definiese en forma clerical, el apostolado propio de la A. C., diciendo que se trataba de una «participación en el apostolado jerárquico».

Pero terminó el fascismo, y vino Pío XII. Y las cosas cambiaron, porque durante todo su pontificado intentó superar esta postura restrictiva que no tuvo más remedio que adoptar Pío XI dadas las circunstancias históricas que le rodearon. Varias veces afirmó Pacelli que de lo que se trataba era de colaborar con la Jerarquía, y no de participar en su apostolado propio y específico; y esta concepción era más amplia, porque concedía en ella una parte decisiva a la personal iniciativa y autonomía. Los teólogos alemanes, como J. Gemmel, no tuvieron inconveniente en dar los más duros calificativos a la A. C., llegando incluso a decir que eran sus dirigentes algo así como unos «clérigos en el estado seglar».

Hoy ciertamente ya no queremos ser unos vicarios seglares, ni una especie de apéndice manual de la Jerarquía, sin verdadera iniciativa; lo que queremos es hacer nuestra labor de apostolado como auténticos seglares. Y el hecho de hacer apostolado en una organización como la A. C., supone que los Obispos den un margen de confianza a nuestra labor de seglares; pero ni se trata ni se pretende un apostolado, recibido pasivamente, como una comunicación de la responsabilidad apostólica propia de la Jerarquía. Eso sería, llámese como se quiera, hacer de nosotros una especie de clérigos. Teólogos de lengua francesa, como Philip y Congar, lo han afirmado así, y han mantenido esta nueva idea de la Acción Católica, que está en pleno acuerdo con el espíritu del Concilio.

SIGUE

la bebida alegre

de estas fiestas...



SIDRA-CHAMPAN

El Gaitero

Famosa en el mundo entero

LA ACCION CATOLICA

NOS parece ya una inconsecuencia que un dirigente de cualquier organización de apostolado seglar sea un eclesiástico, independientemente, por supuesto, del acierto o delicadeza con que lleve a cabo su cometido. La alta dirección que la Jerarquía tiene en estas organizaciones es más una acción moderadora; como la que ejerce el moderador de un coloquio, que se limita a ordenar el conjunto de la actuación, entre el que realmente lo dirige y el público. El Concilio, incluso, cambió su modo de pensar, y, en los diferentes esquemas conciliares sobre apostolado seglar, introdujo el cambio omitiendo —como dice el P. Matías García, S. J.— la palabra *dirección*, de uno de sus párrafos decisivos, y dejando la idea, expresada solamente con la palabra *ordenar*, es decir la función de colocar en su sitio, este apostolado, dentro del conjunto de la acción pastoral de la Iglesia toda. Lo cual es muy distinto que dirigir directamente, o presidir la Jerarquía, personalmente, una asociación o una federación de asociaciones de apostolado seglar.

Es natural que, si se quiere hacer real la iniciativa, espontaneidad y responsabilidad que nos da a los seglares el Concilio,elijamos con cierta autonomía a nuestros propios dirigentes; y que los clérigos que nos asesoren religiosamente, sean seleccionados como se hacía antiguamente con el clero —y como decía entonces el Papa San León I—: «el que ha de presidir a todos, ha de ser elegido por todos».

OTRO de los caballos de batalla es la parroquia. No se quiere reconocer, en la práctica, la profunda transformación que la estructura de la sociedad ha experimentado desde hace cien años. En forma humorística, se ha dicho que «la parroquia clásica estaba adaptada a una sociedad neolítica», como recuerda el párroco francés F. Cannon. Hasta 1850 la estructura de base de la sociedad había cambiado poco desde el año 5.000 antes de cristo, según dice este sociólogo católico. Pero, desde entonces, la revolución industrial ha transformado completamente la estructura de nuestras vidas; y de una civilización rural hemos pasado, a pasos agigantados, a una civilización urbana. El modelo religioso de parroquia, que existía hasta entonces, se ha querido ingenuamente traspasarlo a esta nueva estructura; y lo único que hemos hecho es convertirla, en buena parte, en un organismo burocrático con funcionarios más o menos perfectos, pero que no dicen una relación clara y viva con el género de vida que hoy se lleva.

La A. C., en sus más conscientes dirigentes, se ha hecho eco de esta realidad, y creo yo que lo que querría es amoldar, el llamado apostolado parroquial, a las nuevas necesidades de la ciudad del siglo XX. Los jóvenes y las mujeres de A. C. han intentado nuevas fórmulas que están en ensayo. Pero quizá nadie mejor que un Obispo de los que asistieron a nuestras reuniones, de dirigentes seglares y preladados españoles, para tratar de esos temas, supo dar con el dedo en la llaga, dándose cuenta que más importante que estas estructuras parroquiales que hoy conocemos, serán en el futuro las pequeñas comunidades de amigos que hoy, poco a poco, se van creando como un apoyo necesario para nuestra vida cristiana y para nuestra fe. Un conjunto de amigos, con las mismas inquietudes, se reúnen un sábado por la noche; entre ellos se habla de las preocupaciones religiosas acaecidas durante la semana, se discuten problemas y soluciones. Y si está presente el sacerdote, como un amigo más, y celebra la «fracción del pan», en esta comida de hermandad, nos encontramos justamente con lo que era la Iglesia en los primeros tiempos del cristianismo, y como desde hoy parece que tendrá que ser, si quiere adaptarse a la realidad de la vida actual de los seglares. La parroquia quizá no sería nada más que una federación de estas pequeñas comunidades, para poder ordenar un poco, sin afanes dictatoriales por supuesto, estos núcleos vitales.

Por otro lado los cristianos harían su vida metidos en el mundo, codo con codo con los demás hombres, sean o no creyentes, y preocupándose, igual que ellos, por resolver los problemas de justicia de la humanidad. No crearían partidos católicos, ni sindicatos cristianos, ni cine católico, ni periódicos confesionales. Vivirían en medio del mundo, como hicieron durante tres siglos todos los seguidores del Evangelio al principio de su historia; y serían fermento suyo, en vez de intentar dominarlo teocráticamente, o de evadirse de sus problemas y necesidades.

Parroquia no sólo es —ni debe ser— un enclave geográfico organizado burocráticamente. Parroquia es la atención espiritual constante que reciben los universitarios, fuera de sus barrios, en la iglesia de una Universidad; como lo sería, trasladado esto mismo a cualquier otra situación humana. Un barrio, que sólo sirve para dormir, no puede constituir el núcleo religioso básico, para organizar una comunidad de familias, desde el punto de vista espiritual. Es totalmente ficticio hacer reyerdecer lo que tuvo justificación en otra civilización; pero hoy ya no la tiene.

«El hombre de la ciudad —dice el párroco F. Cannon— es un hombre-masa; ignora a los que habitan en su misma casa; incluso, a veces, ignora a los que trabajan con él... Está solo, nadie se fija en él; es un puro productor y un puro consumidor, sometido a los atractivos de la publicidad y a los medios de comunicación de masa... Pero el hombre necesita comunidades a su medida. El hombre no necesita de otra cosa —como decía Simone Weil— que alguien le preste atención. Los pueblos y los barrios tradicionales han muerto. Pero, ¿no hay que encontrar nuevas comunidades para los hombres de la ciudad?». Eso es lo que pretende —en mi sentir—, casi sin darse cuenta, la Acción Católica.

Y el próximo día hablaré del vidrioso tema del «compromiso temporal», que tantas preocupaciones ha dado a la Jerarquía.

E. M. M.

CURYB para Solriza

mi hombre
tiene ese algo
tan... tan de hombre



La crema que simplifica el diario afeitado, modernizándolo y convirtiéndolo en un rápido placer.

CREMA DE AFEITAR KAMEL. Sin brocha y, aunque a Vd. no le interesa, sin dolor. Deja la cara impecable, suave y virilmente rasurada todo el día, con ese algo tan... tan de hombre.

crema de afeitado

kamel

para el sexo (muy) fuerte

SOLRIZA, S.A.

Es un producto de la serie KAMEL